AÑO LII — Lunes 19 de Febrero de 1912 — Núm. 15.080

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses 7'50 [illegible] suscripciones se contarán desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 28.—Teléfono 143—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: Paris, Mr. A. Lorette, 14, rue Rouquepault; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemerstrasse, 46-49.—Los corresponsales [illegible]

CON LA MANO NÓ, CON LA BOCA SÍ...

Y los *ragalicos*, empiezan á dar saltos, con la boca abierta y el cuello estirado, siguiendo con los ojos la danza caprichosa que baila un *higo*, que el hombre de la caña ha puesto en el extremo de una cuerda mugrienta.

Con la mano... si y unos se empujan y otros se pegan y mientras el higo, pasa cerca de las bocas hambrientas, pasa rozando los labios y un tirón lo aleja, otro lo aproxima y vuelta á empezar, siempre con la esperanza puesta en tragarse el *higo* en un revuelo, aprovechando un salto.

Los *zagalicos*, acaban reventados, con dolor en la cara de tanto abrir la boca, con dolor en los músculos de sus ágiles cuerpos de tanto brincar y el tío de la caña, después de cuatro días de batalla, cuatro días de saltos ... desata filosóficamente el higo y se lo come.

* * *

Los Excéteras...pobres *zagalicos* hambrones, esperamos con la boca abierta, nos empujamos, nos pegamos, [illegible] que en la Peña, ha entrado el famoso tío del ¡al *higo*! con la mano no, con la boca sí, y estamos dando saltos, esperando cojer aquello, de la *actualidad política* y venga brincar y al final, el miércoles de ceniza el hombre de la caña desatará el higo y se lo comerá tranquilamente.

En el espacio oscilan un acta de diputado, el gobierno civil de Murcia y Alicante en una sola pieza, el inolvidable gobierno de Cuenca y así sucesivamente, todo la escala, hasta un modesto estanquito en sitio céntrico, y claro «con la mano nó, con la boca sí» los zagalicos saltan y dan.

* * *

Lo único que *ya no oscila* en el aire, lo único que cae una realidad que descansa en una promesa oficial, es un mando militar en Africa para nuestro *botones*, porque es lo que nosotros decimos, en algo tiene ese muchacho que utilizar su capote, sus perneras, su cuello grana, y sus pantalones de montar...

M. N. P.

Otra vez la crisis

Madrid 19-9 m.

Ayer circularon nuevamente rumores de crisis.

Asegúrase que esta será en breve planteada saliendo del gobierno el ministro de Fomento.

Este se mostró del Congreso contrariadísimo por no haberse aprobado los créditos.

En casa de D. Justo Aznar

Mucho tiempo hacía, que no se celebraba en Cartagena una reunión íntima, tan elegante y agradable, como la que tuvo lugar el sábado último en casa de nuestro respetable y muy querido amigo, el Excmo. Sr. D. Justo Aznar y Butigieg.

Solo el acendrado amor que D. Justo Aznar profesa á la Real Cofradía del Prendimiento, de la que es dignísimo é insustituible Hermano Mayor, podía obligarle á salir del aislamiento en que voluntariamente vive y volver á abrir—, con un motivo tan noble y levantado como el de buscar recursos para adquirir un regio manto á la Virgen de los Californios—, sus espléndidos salones, que tantas bellezas artísticas atesoran.

A tal fin, él y sus encantadoras hijas, Guadalupe y Flora, invitaron á las lindas *actrices* y á los lindos *¿? actores*, que tantas pruebas dieron de sus dotes artísticas, en aquella inolvidable compañía que en el teatrito del Casino, deleitó á la buena sociedad cartagenera, representando maravillosamente las mejores obras del antiguo y moderno repertorio.

Y á su requerimiento acudieron las señoras y señoritas de Riera, Sánchez Bernal, Viuda de Pascual de Riquelme, Viuda de Campos, Rolandi, Díaz Spottorno, Sánchez Ocaña, Pérez Bastieriscos y Carrión, y los señores Pérez Pascual, Gómez, Pérez Ballesteros, Sánchez Bernal, Rolandi, Carrión, Díaz Doulmolín, Blanco, Sánchez-Domenech (D. José y D. Juan), Cabanellas (D. Miguel), Sánchez Ocaña, Matz (D. Manuel), Tamayo, Díaz Spottorno, Mado de Molina (D. Agustín), la Rocha (D. Juan), Alcesón (D. Diego), Rizo y el Capellán de la Cofradía, don Ginés Daró.

Con elocuente sencillez, solicitó don Justo el apoyo de todos para llevar á efecto la obra propuesta y todos acaedieron propicios á prestar su concurso, quedando en principio acordado el celebrar una función teatral que hará época en Cartagena y que pondrá de manifiesto, una vez más, el hermoso corazón de nuestras paisanas, que para la caridad y para la Virgen, están siempre dispuestas á demostrar que no hay quien las supere en caritativos sentimientos.

El alma de la reunión fué el insigne actor de la compañía, de la bellísima Florita Mayor, que por méritos propios ocupa un preeminente lugar entre tantas encantadoras y distinguidas *actrices*.

Los invitados fueron espléndidamente obsequiados por D. Justo Aznar y sus hijos, la señora de Aznar y Guadalupe y Flora. Hicieron los honores con la delicadeza y distinción característica en aquella casa.

Todos merecen plácemes y felicitaciones: D. Justo y sus hijos por la amabilidad y cortesía que derrocharon los invitados por haber accedido á prestar su concurso para tan hermosa empresa, y la cofradía del Prendimiento, los Californios, por tener un Hermano Mayor que de manera tan solícita y cariñosa atiende al cumplimiento de su cargo y vela por el esplendor de la Cofradía.

Que nos conocen buenos.

CARTAGENA MILITAR

El salón de sesiones de la Sociedad Económica de Amigos del País, se vió nuevamente lleno en la noche del Sábado por numerosísima concurrencia que acudió ávida de escuchar la palabra del ilustrado Capitán de Artillería y entusiasta amigo nuestro D. Federico Rodríguez Belza.

Antes de dar cuenta de la manera brillante, como disertó, nos es grato consignar la impresión tan agradable que nos produce el activo bullir que desde algún tiempo á esta parte se nota en aquella venerable Sociedad. Aires de novedad y juventud, parecen haber removido aquel ambiente, antes de quietud y de sosiego. Al amable silencio, solo turbado por los escolares que al anochecer invaden las aulas, ha sucedido el rumoreo de un resurgimiento á la vida activa, á que la Económica ha venido, por su contacto con los elementos, que como ella constituyen, la vitalidad de un pueblo. Al conjuro de sus anhelos de perfeccionamiento han acudido Prensa, hombres de ilustración, luchadores del ideal, que han llevado consigo esos hálitos de vida.

Y he aquí como un organismo de institución arcaica, que generalmente arrastra una vida lánguida y de mera presencia en otras ciudades, representa hoy en Cartagena el Centro productor de adelantos y progreso.

Su digno presidente y junta directiva, merecen toda suerte de elogios.

* * *

Rodríguez Belza es un espíritu culto y moderno y hasta cierto punto rebelde; pero no á la usanza de los modernos paladines que han de cubrir el lugar de la lisa con dos decididos sangrantes de prestigios consagrados, si no como demo edor de moldes viejos y de convencionalismos de rutinas que conducen á fosos espejismos, tan perjudiciales á la vida de nuestra nación.

Una razón más ésta, para encontrar oportunísima la designación de Rodríguez Belza para ocupar el sitial designado al sabio y genial Ordóñez, gloria de nuestro Ejército, que ha pasado á ser lo nacional, por el sacrificio abnegado de su vida.

No habremos de detenernos á relatar el trabajo del conferenciante. Lo reproduciremos íntegro ante la seguridad de que solo así satisfacemos el deseo de nuestros lectores y que nos lo han de agradecer.

Con ser Rodríguez Belza un militar cultísimo y de profunda ilustración, otra cualidad concurre en él, que si no eclipsa las anteriores, hácelas parecer al menos; la de ser ante todo, un escritor brillante, genial; de aquí que durante su conferencia, que á todos pareció corta, la atención era profunda, y el silencio sólo interrumpido por las expresiones de aprobación de aquellas ideas nuevas y sinceras, expuestas á los oyentes con áureo ropaje.

La sinceridad constituyó el espíritu de su trabajo, por el que pasaron ráfagas de una verdad, que debiera existir siempre alerta en la opinión de nuestro pueblo, y que de haber existido, no llenarían hoy numerosas páginas de nuestra Historia, relatos de dolor y de miseria.

Al sepulcro del Cid, cerrado con doble llave por Costa y repleto y cubierto por [illegible] de ciencia, según frase feliz, [illegible] conferenciante, dedicaríamos nosotros una guardia de honor, formada de espíritus videntes y sinceros como Rodríguez Belza.

Un Español.

CONFERENCIAS EN LA ECONÓMICA

"CARTAGENA MILITAR"

POR

Don Federico Rodríguez Belza

I

Excmos. Sres.; Sres. Socios de la Económica de Amigos del País;

Por un azar de la suerte, he venido á ocupar este sitio en sustitución de una de las figuras más gloriosas de nuestro Ejército. El destino, con sus ironías crueles, ha venido á colocar en esta tribuna, al más humilde de los Artilleros, en el lugar destinado á la figura augusta de don Salvador Díaz Ordóñez. La muerte, nos priva de oir en esta sala su autorizada voz, y yo, uno de sus admiradores más sinceros, invoco su nombre al empezar, con el mismo fervor, con que el sacerdote pide [illegible] la luz de la mente, claridad en sus ideas y elocuencia en sus palabras al comenzar en el templo su oración sagrada.

El General Díaz Ordóñez debía explicar en esta Económica de Amigos del País, una conferencia, cuyo tema elegido por él, Cartagena Militar, hubiese sido una página brillante, digna de conservarse eternamente. Pero la guerra, con su voz imperiosa lo llamó á su lado; la muerte, borró su vida de la vida, para escribir su nombre con letras de oro, entre las glorias de España, y yo por esto he querido al empezar, dedicarle un recuerdo, porque no es posible hablar de Cartagena Militar, sin que el espíritu de Ordóñez reciba de nosotros el testimonio de nuestra admiración y el homenage respetuoso de nuestro cariño.

¡Cuántas veces he oído de sus labios, conceptos elevados y deseos llenos de amor, sobre el porvenir de Cartagena! ¡Cuántas veces en esos cerros de la costa, cubiertos de cañones que su laboriosidad nos lega como modesta herencia producto de su genio y su trabajo, hemos soñado despiertos, oyendo sus planes, mirándole trazar baterías con la mano como si pudiesen brotar de entre barrocas á la sola expresión de su deseo.

¡Cuántas veces, como si un formidable enemigo nos amenazara, hemos oido, embelesados, fecundos planes de defensa, imaginarias líneas de fuego, que tendía sobre el mar, soñando sin duda con crear un Cartagena inexpugnable, buscando entre sus muros un asilo sagrado para la bandera de la Patria.

La última etapa de su vida, fué una labor, como suya, enérgica, decidida, constante, sin otro estímulo que su amor á Cartagena Militar; por eso, yo al escribir mis primeras cuartillas en este trabajo he puesto su nombre al empezar, en la seguridad de que he sabido interpretar un sentimiento que está en vuestros corazones y un pensamiento que está en vuestros cerebros.

Pudiera parecer inmodestia en mí, ó equivocada apreciación de mis fuerzas venir á esta docta casa á disertar sobre Cartagena bajo el punto de vista militar, en primer lugar porque el tema necesita mayor espacio que el brevísimo de una conferencia y además, porque es preciso para esta labor una serie de conocimientos tan múltiples y tan variados que fuera una loca pretensión atribuirme.

Para aceptar el honor de dirigiros la palabra, ha pesado sobre mi ánimo una razón tan poderosa, que ha borrado de mi mente todos los escrúpulos que han podido sugerirme, mi modestia y el convencimiento de mi escasa personalidad. Una razón tan profunda, una razón tan honda, que ha convertido para mí este acto en el cumplimiento de un deber.

Nace esta razón, de que siempre he creído imprescindible, de que siempre he juzgado causa esencial, para el engrandecimiento de nuestro Ejército, una compenetración fraternal con el elemento civil. Porque he pensado que de esa fraternidad cultural, brotarán lazos que nos unan y despertarán en vuestros corazones los mismos sentimientos que albergan los nuestros.

¿Quién duda de que muchas de nuestras desgracias nacionales han nacido de que los hombres civiles han ignorado la técnica, la potencia y el desarrollo de nuestros elementos armados?

(Continuará)

que este mañana le he visto por mis propios ojos en un confesionario de la iglesia, ante el cual, de rrodillas, se persignaba Libia Presival.

—Pero, ¿qué tendrá el fraile,—le replicó el cochero,—que se mueren por él las buenas mozas? Es mucho hombre, pardiez; debe tener algún secreto que yo quisiera conocer.

—Dicen que cuando moso, fué soldado, y que sirvió en Indias.

—Tal, parece por su porte.

—Y que un día, en un ingenio, en la Española, cayó en una caldera y se bañó de azúcar.

—Y por eso las moscas.

Aquí llegaban los sirvientes en su alegre diálogo, cuando sintieron ambos, dentro de la carroza una mal reprimida exclamación.

A la sazón cruzaban el camino, por frente á la posada, y la señora Doña Inés, que tal era la dama, había lanzado aquella exclamación.

—Repare, Pablo,—dijo el cochero al paje con voz queda,—al soldado Yeste. Le ha visto Doña Inés y le ha entrado en el cuerpo Satanás.

—Calla por Dios,—dilo el lacayo,—Tú no sabes quien és, ni de lo que es capaz ese gigante del diablo.

—¡Al fin, un hombre!

—Un hombre, el que al que ocupó tu puesto,

con su antiguo cortejo y la fresca y hermosa Maritornes de la posada de San Roque.

Se encontraban los dos detras del ángulo saliente del mesón que daba frente á la ciudad, mientras cruzaba el viejo puentecillo de la puerta de la puerta de Murcia, una magnífica carroza tirada por dos mulas castellanas, que daba gloria verlas por lo grandes, lozanas y valientes.

Dentro de aquel vehículo y tras las cortinillas de sus monumentales portezuelas, se descubría una dama de una belleza exhuberante, prendida con riqueza y con esmero.

Cuando entró la carroza en la ancha carretera, volvió el cochero la cabeza y preguntó á la dama por el camino que debía seguir.

—Llévame á San Francisco,—le contestó la dama; —y arrea las mulas,—continuó que ya han dado las doce en la ciudad.

Saludóla el cochero, tendió la fusta y sacudió á las mulas, que al sentir el castigo alzaron las orejas y se pusieron al galope.

Entonces, el cochero, dijo en voz queda al paje que se sentaba junto á él.

—¿Estás seguro que el padre Juan Nepomuceno ha regresado ya?

—Que sí lo estoy, sin duda, amigo mío; como